

Una ventana al siglo XVII novohispano

Antonio Rubial

Homenaje a Edmundo O'Gorman. CD ROM Interactivo, México, Universidad Iberoamericana/Fomento Cultural Banamex/CONACULTA, INAH. 2001. Presentación de Perla Chinchilla.

El siglo XIX nos legó, entre otras muchas cosas, un pasado colonial lleno de explotación y miseria; época oscura que destruyó un glorioso mundo prehispánico que fuera todo perfección. Los contrastes maniqueos marcaron así nuestra historiografía, que sigue hasta hoy repitiendo esos mismos clichés. Frente a las civilizaciones antiguas, que respetaban la naturaleza y vivían en armónica convivencia con ella, el mundo colonial destruyó bosques, desecó lagos e inició el caos ecológico en el que vivimos. A una cultura tolerante con la diversidad, sin explotación, sin enfermedades y con una elevada espiritualidad, se impuso otra intolerante, explotadora, devastadora, que trajo epidemias, muerte y un afán de lucro que contaminó incluso los valores cristianos que, entre paréntesis, fue lo único que el siglo XIX rescató como valioso del periodo colonial.

Pero ni el mundo prehispánico fue tan perfecto ni el colonial tan nefasto. En el México antiguo hubo naturalmente enfermedad, guerras atroces, sacrificios humanos, violencia y explotación, tanta o mayor que en el mundo colonial. La destrucción de selvas por el método de roza fue una de las causas del colapso de grandes civilizaciones y si no existió una ruptura más brutal de los sistemas ecológicos fue por falta de tecnología, no por un sentimiento ecologista. Por otro lado, el sistema español introdujo una relativa pacificación del territorio, una unificación política y lingüística que jamás tuvieron estas regiones y los primeros símbolos de identidad de lo que hoy llamamos nuestra nación.

Pero el siglo XIX no sólo nos heredó una visión negativa y parcial de un periodo central de nuestra historia, nos dejó también una historiografía marcada por los grandes eventos políticos. La conquista y la independencia fueron los hitos que definieron todos los estudios sobre ese periodo y que estereotiparon a los indios como las víctimas pasivas del proceso colonizador. En medio de esos dos épicos hechos marcados por héroes (Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos) que lucharon contra villanos (Cortés, Calleja) quedaba una larga

edad media. Así, el siglo XVII y la primera mitad del XVIII se definieron, cuando mucho, a partir de su actividad política, de las pugnas entre arzobispos y virreyes, o de la actuación de la Inquisición, única institución que mereció la atención de los historiadores liberales, que luchaban por mostrar el rostro negativo de la que consideraban su gran enemiga: la Iglesia.

Este tipo de historiografía consideró irrelevantes aquellos aspectos que subyacían a los acontecimientos fundamentales para explicar los grandes cambios. Esa misma actitud de desprecio fue llevada a su máxima expresión a mediados del siglo XX, cuando el marxismo, el historicismo y el estructuralismo consideraron que la explicación del acontecer y del cambio sólo era posible a través del desentrañamiento de las grandes e inmóviles estructuras, sin sujeto y sin acciones individuales. Tenemos así dos marcas que definieron los estudios coloniales hasta la década de los setenta del siglo pasado. Por un lado, aquella que definió al periodo con tintes negativos, y por el otro, aquella que lo estudió a partir de los esquemas marxistas de modo de producción, o de los historicistas que partían de definiciones ontológicas. Para el primero sólo

podían ser de interés las rebeliones indígenas o la explotación de los trabajadores en las haciendas y en las minas; para el segundo desentrañar el ser del mexicano desde visiones esencialistas y deterministas como la de Octavio Paz, o las que postulaban vagas generalizaciones sobre el mestizaje o el criollismo a partir de elucubraciones filosóficas.

Cuando Edmundo O'Gorman inició con su seminario de la UIA la recopilación de las efemérides del siglo XVII (una historia de hechos concretos y no de concepciones globales), los aires historiográficos estaban en contra de ese tipo de historia (incluso en contra de algunas de las obras que él mismo escribía). Con la atención que desde las últimas décadas comenzó a dársele a la intervención individual y al papel del sujeto en la historia (mentalidades, vida cotidiana, historia social y cultural) se le ha dado cada vez mayor importancia a lo que hasta hace dos décadas se consideraba nimio e intrascendente. En el ambiente actual, la recopilación de efemérides toma una relevancia inusitada y se inserta como materia prima de múltiples tramas, construidas a partir de temáticas muy variadas.

Por otro lado, esa misma renovación de perspectivas ha permitido ampliar los horizontes de las investigaciones. Textos como los sermones, las hagiografías o los devocionarios, considerados hasta hace poco materiales inútiles para el estudio del periodo, se van convirtiendo poco a poco en los documentos básicos para entender los procesos sociales y culturales de una época que tenía el discurso religioso en el centro de sus representaciones; de ahí que temas como la mística femenina, la piedad popular, las prácticas mágicas o las expresiones heréticas estén recibiendo ahora la atención de los his-

toriadores. La pintura y las artes, medios insustituibles en la transmisión de mensajes para una época que pensaba en imágenes, nos comienzan a develar sus secretos emblemáticos y alegóricos y se nos muestran como instrumentos básicos en la construcción de identidades. Los indios, hasta ahora vistos como sujetos pasivos de la explotación española, comienzan a mostrarse como activos constructores de sus identidades, como comunidades de una gran vitalidad que amoldaron los esquemas legales y religiosos del conquistador a su propia conveniencia y que pudieron mantener una cierta autonomía y sobre todo una gran cohesión interna. La visión de unos indios cuyo resurgimiento se dio a partir de la Independencia se nos muestra así errónea, sobre todo si pensamos en el brutal golpe que sufrieron las comunidades con las leyes juaristas, verdaderas destructoras de la identidad indígena, junto con la intensa mestización cuyo verdadero avance no se dio en el periodo virreinal como erróneamente se piensa, sino en el siglo XIX. Y hasta la historia política puede ahora comenzar a ser leída en estos nuevos términos, que estudian al estado proteccionista y patrimonialista del Antiguo Régimen inmerso en los intereses de una sociedad corporativa y fragmentaria regulada por lazos clientelares, por vínculos propios de un sistema señorial y por la ritualización de una sociedad cortesana, fenómenos que se reflejan en el discurso y en las pugnas por el poder.

El CD que hoy reseñamos tiene la virtud de ser una caja de sorpresas para quien se dedica a esta historia hasta hace poco olvidada. En él se encuentra una colección de efemérides que nos dan testimonio de una rica realidad histórica: rebeliones indígenas, fundación de ciuda-

des, construcción de iglesias, beatificaciones, fiestas religiosas, asonadas políticas, ediciones de libros, noticias de ultramar, llegada de personajes, epidemias, catástrofes meteorológicas, en fin.

Pero además de ese rico material, ha sido incluida una muestra documental, una antología de testimonios de la época que puede ser consultada temáticamente o bien a partir de una propuesta secuencial cuyo hilo conductor se propone en la introducción, y en la que están incluidos los más variados temas económicos, sociales, políticos, religiosos, literarios o artísticos, ilustrados de forma acertada con imágenes de la época. Este rico material se ve por otro lado enriquecido por las atinadas introducciones de Perla Chinchilla, quien contextualiza y explica la razón de ser de un trabajo de este tipo.

En nuestra época se rompieron las grandes certezas historiográficas (la historia es la que detenta la exclusividad del pasado, la que se ocupa de los hechos trascendentes para la humanidad, o donde los acontecimientos muestran su relevancia en sí mismos). Lo que nos queda son historias contadas desde una propuesta temática o problemática que iluminan el gran caos del acontecer. Es decir, una narrativa que le da coherencia a aquello que no la tiene por sí mismo. La gran aportación de unas efemérides y una antología de textos es la de que su consulta pueda fabricar sus propias tramas; como en esos juegos o novelas donde el jugador o el lector pueden construir los finales que más les entusiasmen o navegar por los mares de su imaginación, un CD como el que hoy se presenta, rico arsenal de materiales insólitos, es una invitación para que cada quien viva su propia aventura.